

Historia y uso público de la historia

Nicola Gallerano

Nicola Gallerano (1940-1996) fue uno de los más activos renovadores de la historia contemporánea en Italia. Además de trabajos especializados sobre historia política y social italiana, fue autor de una importante reflexión sobre la historia como disciplina y en particular sobre el uso político de la misma. En *Le verità della storia (Manifestolibri, 1999)* se recogen diversos textos sobre esta problemática, a la que dedicó asimismo la compilación *L'uso pubblico della storia (1995)*. El presente ensayo apareció inicialmente en este último volumen.

Me propongo desarrollar el tema de la relación entre la historia de los historiadores y el uso público de la historia: una relación –esta es mi opinión– al mismo tiempo de conflicto y de convergencia. Como se verá mejor más adelante, tal afirmación está muy lejos de ser evidente: entre los historiadores más bien prevalece la idea de una oposición neta y sin posibilidad de acercamiento entre las prácticas profesionales de la historia y el amplísimo e intrincado campo de su «uso público».

Antes de avanzar en el análisis, debo explicitar lo que entiendo por uso público de la historia. He adoptado, al menos en una primera instancia, una definición puramente extrínseca: con esta expresión me refiero a todo lo que se desarrolla fuera de los lugares destinados a la investigación científica en sentido estricto, a la historia de los historiadores, habitualmente escrita para los especialistas y para un segmento muy restringido de público.

Al uso público de la historia pertenecen no sólo los medios de comunicación de masas, cada uno por añadidura con su especificidad (periodismo, radio, televisión, cine, teatro, fotografía, publicidad, etc.), sino también las artes y la literatura; lugares como la escuela, los museos históricos, los monumentos y los espacios urbanos, etc.; y finalmente instituciones reguladas o no (asociaciones culturales, partidos, grupos religiosos, étnicos y culturales, etc.), que con objetivos más o menos declaradamente partidistas se comprometen a promover una lectura polémica del pasado en relación con el sentido común histórico o historiográfico, a partir de la memoria del respectivo grupo. Finalmente, los políticos tienen una amplia parte en las manifestaciones más visibles y discutibles del uso público de la historia y especiales responsabilidades en su degeneración (volveré sobre este aspecto en las conclusiones).

A la luz de esta definición extrínseca, participan también del uso público de la historia obras concebidas y realizadas como trabajos científicos y que, sin embargo, tienen un impacto público que trasciende ampliamente el círculo de los especialistas: pienso, por citar dos ejemplos italianos de significado muy diverso, en la biografía mussoliniana de De Felice y en volumen sobre la Resistencia de Pavone.¹ Y ni tan siquiera se libran de esto los historiadores de profesión, que hacen uso público de la historia cuando escriben en los *mass-media*, como ha resultado evidente en el caso de la *Historikerstreit*, la «disputa entre los historiadores» alemanes a propósito de nazismo.²

Antes de seguir adelante y de medir el alcance de una definición tan amplia y, por lo tanto, tan débil, quisiera proponer alguna otra reflexión sobre las diferencias entre esta definición de partida y la adoptada en el transcurso de la disputa entre los historiadores por Jürgen Habermas.³ También Habermas elige, a primera vista, una definición de tipo extrínseco (por ejemplo, distinguiendo netamente entre lo que se escribe en los ámbitos científicos y, por el contrario, lo que se transmite por los *mass-media*), pero la endurece en una oposición de principio. Hace uso público de la historia quien «habla en primera persona» y se propone

1. R. De Felice, *Mussolini*, vols. 1-4 (6 tomos), Turín, Einaudi, 1965-1990 y C. Pavone, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità della Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991. En cualquier caso hay que decir que el impacto público de las tesis historiográficas de De Felice se ha debido más a sus trabajos de divulgación (como la *Intervista sul fascismo*, a cargo de M. Ledeen, Bari, Laterza, 1975) o a las numerosas intervenciones de significado más directamente político aparecidas en la prensa diaria, en revistas o en la televisión durante los últimos veinte años que a los pesados volúmenes de la biografía del «duce» del fascismo.

2. Hago referencia a la edición italiana de una selección de textos del debate: G. E. Rusconi (ed.), *Germania, un passato che non passa. I crimini nazisti e l'identità tedesca*, Turín, Einaudi, 1987.

3. Véase la intervención de Habermas, loc. cit., págs. 98-110.

objetivos político-pedagógicos explícitos: construir el consenso alrededor de algunos valores decisivos para la convivencia civil.

Por lo tanto, Habermas argumenta en la práctica una oposición entre uso público de la historia y actividad científica que, en los términos en que viene defendida, no es convincente. Por una parte, desarrolla coherentemente la lección de la Escuela de Frankfurt, inspirada en la desconfianza frente a la manipulación siempre al acecho cuando se tiene que ver con la cultura de masas: «la dimensión pública crítica –escribe en su *Historia y crítica de la opinión pública*– es suplantada por la manipuladora».⁴ Y añade que también el aparente avance representado por el florecer de la discusión pública queda desmentido por su reducción a un mero bien de consumo. Por otra parte, propone una idea de la actividad científica y, en este caso específico, histórica como consciente elección de la «tercera persona», caracterizada por el distanciamiento del objeto investigado y por el control de los propios prejuicios y de las propias predilecciones. Volveré sobre este segundo problema más adelante. De momento me limito a observar que en la argumentación de Habermas asume un peso decisivo la especificidad y la enormidad del problema del nazismo para un alemán: de esto se deriva la invitación a los historiadores a respetar, con fines terapéuticos y políticos, el *prius* de la condena moral y de la singularidad absoluta del nazismo, cuando se discute en los *mass-media*, reservando a los lugares adecuados de la investigación científica la comparación relativizadora y las equiparaciones de responsabilidad (ambos temas avanzados, como es conocido, por Ernst Nolte con referencia al bolchevismo).⁵ Una posición discutible en el método, aunque compartible en cuanto al mérito de la polémica con el mismo Nolte.⁶

En relación con los *mass-media*, el análisis crítico de Habermas da frecuentemente en el blanco, pero en mi opinión es reductor. La ampliación del campo del uso público de la historia que aquí se propone, por el contrario, implica que no es considerado como un uso político en sentido estricto y, mucho menos, como un uso político manipulador. También hay, en los *mass-media* y en otras partes, manifestaciones del uso público de la historia no tan intencionalmente planteadas, que ofrecen puro entretenimiento o evasión; y, finalmente, hay usos del pasado que implican directamente a la memoria, a identidades individuales y colectivas y tienen, a mi juicio, un significado absolutamente distinto y potencialidades liberadoras.

En resumen, el uso público de la historia no es una práctica a rechazar o a demonizar desde el prejuicio; puede ser un terreno de confrontación y de conflicto que implica el compromiso activo de los ciudadanos, y no solo de los especialistas, en torno a temas esenciales; puede revelar desgarros profundos y heridas de la memoria y volverlas a sacar a la luz; por otra parte, puede ser una forma de manipulación, que establece analogías desviadoras y aplasta en el presente profundidades y complejidades del pasado.

Dejando por el momento de lado estos últimos fenómenos y los que inducen a un disfrute puramente pasivo del pasado –que probablemente también constituyen la tendencia dominante– citaré algunos casos de uso público de la historia que han tenido un relieve central para la vida política y cultural de las sociedades occidentales: lugares de confrontación y de conflicto y, por eso mismo, instrumentos de crecimiento o de degeneración, en cualquier caso de transformación, de la conciencia colectiva.

Pienso en el despuntar de la memoria judía y en la «represión del debate» sobre Vichy en Francia, estudiados con tanta agudeza por Henry Rousso.⁷ El cambio completo, en la per-

4. J. Habermas, *Storia e critica dell'opinione pubblica*, Bari, Laterza, 1988 (edición original, 1962), pág. 213.

5. Id., «L'uso pubblico della storia», en G. E. Rusconi, *op. cit.* Véase, además de las intervenciones en la «Historikerstreit», E. Nolte, *Nazional-socialismo e bolscevismo. La guerra civile europea, 1917-1945*, con un ensayo de G. E. Rusconi, Florencia, Sansoni, 1988 (ed. or., 1987).

6. He discutido las posiciones de Nolte en «Storia, memoria, identità nazionale», *Passato e presente*, 1989, n° 20-21, págs. 219-231.

7. H. Rousso, *Le syndrome de Vichy*, París, Seuil, 1987.

cepción a gran distancia de los acontecimientos y en la superación de esa represión, está relacionado con el debate provocado por la película de Marcel Ophüls *Le chagrin et la pitié* y alimentado posteriormente por los procesos a antiguos colaboracionistas. De ahí resulta ensalzada la función que pueden desarrollar los *media*: buscada, como en este caso, y quizás imprevista en sus efectos; imprevista e involuntaria, como ha ocurrido en Alemania con la emisión por televisión de la serie *Holocausto*, un producto mediocre y, sin embargo, capaz de suscitar interrogaciones y exámenes de conciencia en un vasto público.

Pienso en el fenómeno de la *public history* estadounidense, por lo menos en la medida en que reflexiona sobre los procesos de activación y construcción de la memoria: por ejemplo, en una situación de avanzada desindustrialización, la reflexión sobre el *industrial heritage*; o, en otro plano, y con consecuencias no siempre afortunadas, la investigación sobre las memorias étnicas como instrumentos para la construcción de identidades individuales y colectivas.⁸

Pienso, en fin, en el debate italiano sobre el fascismo y el antifascismo, con repercusiones que han sido evidentes en el acaecer político y en el llamado paso a la «segunda república».⁹

Con esta breve enumeración sólo pretendo subrayar que se trata de temáticas en el límite entre la investigación histórica y la construcción de la opinión pública, que es oportuno seguir con atención y sin jactancia, de modo especial por quien se ocupa profesionalmente de la historia, en la investigación y en la enseñanza.

Hay que señalar por otra parte una circunstancia que refuerza la urgencia, para los historiadores, de una reflexión sobre las relaciones entre historia y uso público de la historia y la configura como una especie de deber profesional. De hecho, una tal reflexión se ha hecho más actual por las rupturas y los desgarros de estos últimos años, que han marcado –y es un diagnóstico que se ha convertido casi en un sentir común– el fin del siglo: de la caída del comunismo a la guerra del Golfo, a la guerra civil en la ex-Yugoslavia y, *si parva licet*, a la crisis y profunda modificación del sistema político italiano. Al abrir un periódico o conectar el televisor, el ojo se encuentra con lecturas desenvueltas, superficiales, a menudo fingidamente iconoclastas, del pasado reciente, aunque no han faltado reflexiones más serias y consideraciones exigentes. En un caso o en otro, resulta manifiesto que los periodos en los que el uso público de la historia se hace más insistente e invasor corresponden a fases de repentinas transformaciones o profundas discontinuidades históricas, que cambian el modo mismo de situar el presente respecto al pasado. Así pues, se podría decir –salvas las distinciones y las tomas de distancia respecto a las formas más instrumentales de uso público de la historia– que se trata de fenómenos en una cierta medida fisiológicos (e interrogarse, si acaso, como trataré de hacer, sobre la novedad, desde este punto de vista, de la situación que estamos viviendo).

También por esto considero insuficiente y equivocada la actitud ampliamente difundida entre los historiadores de profesión, que consiste en perseguir afanosamente las actuales prácticas de reescritura del pasado, para desenmascararlas y desactivar sus efectos. Antes que denunciar o exorcizar los contenidos de tales prácticas, es oportuno analizar cómo vienen activadas concretamente, qué estereotipos o mecanismos irreflexivos y al mismo tiempo sintomáticos son puestos en juego. Además, una actitud meramente deprecatoria y una mera actitud de corrección para señalar errores y distorsiones con el lápiz azul, por muy nece-

8. M. Frisch, *A Shared Authority. Essays on the Craft and Meaning of Oral and Public History*, Nueva York, State University of New York Press, 1990.

9. N. Gallerano, «Critica e crisi del paradigma antifascista» en Gallerano (ed.), «Fascismo e antifascismo negli anni della repubblica», fascículo monográfico de *Problemi del socialismo*, 1986, págs. 106-133; y «La memoria pubblica del fascismo e dell'antifascismo», en AA.VV., *Politiche della memoria*, Roma, Manifestolibri, 1993, págs. 7-20.

10. Véase P. Ortoleva, «Storia e mass media», en N. Gallerano (ed.), *L'uso pubblico della storia*, Milán, Angeli, 1995, págs. 63-82.

saría que sea, ciertamente no bastarían para detener o para canalizar dentro de los caminos de la filología el riquísimo flujo de comunicaciones directa o indirectas sobre la historia (lo que se ha llamado «el sistema de la historia»¹⁰), que no puede no escapar del control de la corporación de los historiadores.

Se trata de una tarea que requiere el compromiso de muchas personas y ya las ha comprometido: lejos de pretender ofrecer un esmerado panorama del riquísimo campo del uso público de la historia, yo aquí, a continuación, me limitaré a tratar de profundizar el tema de las relaciones entre la historia de los historiadores y el uso público de la historia.

Historia y uso público de la historia: contaminaciones y conflictos

Con estas observaciones introductorias ya me he adentrado en el tema. Afrontarlo es todo lo contrario que sencillo, porque, frente a las oposiciones evidentes, en las que, como hemos visto, se detienen Habermas y otros mil con él, y sobre las que volveremos, existen fuertes elementos de contaminación, de conexión, de acercamiento o por lo menos un condicionamiento recíproco. Procederé por tanto esquemáticamente, por temas relevantes y mediante aproximaciones sucesivas, sin ninguna pretensión de ser exhaustivo.

Hay que dejar claro que si nos fijamos en la historia de la historiografía occidental, historia y uso público de la historia no son distinguibles literalmente hasta tiempos muy recientes: son la misma cosa.

No quiero ni puede extenderme, pero hay que subrayar el hecho de que la utilidad pública de la historia es su justificación original, en cuanto actividad que regula y define las relaciones entre memoria y olvido, entre lo que es digno y lo que no es digno de ser recordado; y en la definición de tales relaciones el peso dominante es asignado a la tutela de la comunidad, en otras palabras a la política. Tucídides afirma que el objeto de sus reflexiones es la guerra del Peloponeso, porque los acontecimientos que la han precedido, los tiempos más antiguos —escribe— «no los considero importantes ni desde el punto de vista militar ni por lo demás».¹¹ La historia que cuenta es la historia de los griegos en cuanto diferentes y superiores a los otros, a los bárbaros. El paradigma de la guerra del Peloponeso, por otra parte, debe valer para la eternidad, porque, dada la inmutabilidad del carácter humano, los acontecimientos pasados o futuros no podrán dejar de verificarse de la misma manera.

11. Tucídides, «Las historias», I, I.

La idea de desarrollo, de continuidad está, así, ausente en Tucídides y en toda la historiografía griega, una idea que antes de convertirse en patrimonio del historicismo del siglo XIX fue rasgo distintivo del pensamiento judío y después cristiano. Continuidad y desarrollo quieren decir que el pasado es lo que nos ha hecho como somos, aquí y ahora; y es la raíz de la importancia que el poder político ha asignado siempre al control del pasado como instrumento privilegiado para el control del presente.

Función política de la historiografía; regulación de la memoria y del olvido para plasmar los rasgos de la identidad colectiva de una comunidad y diferenciarla de las otras; construir, a través del pasado, un proyecto y una profecía del futuro: son las características visibles de la construcción historiográfica hasta tiempos recientes y, como veremos, nunca completamente dejadas de lado; y son, al mismo tiempo, los elementos medulares de lo que distingue precisamente al uso público de la historia.

En la voz sobre la historia escrita para la *Enciclopedia Einaudi*, Jacques Le Goff ha ilustrado la trayectoria de la historiografía a la luz de estos mismos parámetros, insistiendo

en particular en su nexos con la política. Por ejemplo, recuerda cómo en la Italia del Renacimiento se impone una historiografía que exalta las glorias pasadas de las ciudades y cómo en Venecia con los anales de Andrea Dandolo, a mitad del Trecentos, se inicia la que será llamada, con una definición sintomática, la «historiografía pública» o «historiografía de encargo»; mientras tanto, en la Francia del Gran Siglo, florecerá la historiografía cortesana, redactada, y también en este caso la definición es sintomática, por los «historiógrafos del rey».¹²

Sin embargo, hay otro elemento que distingue al trabajo historiográfico y refuerza sus pretensiones de cientificismo: la reivindicación de la libertad y de la crítica en la investigación, que también se puede encontrar y está explícitamente enunciada desde las primeras páginas de la obra de Tucídides. En su libro *Le radici classiche della storiografia moderna*, aparecido póstumamente en 1993, Arnaldo Momigliano concluye un rico y complejo análisis con un juicio lapidario: «en cuanto la historiografía moderna es un producto crítico, es griega y no hebraica»; y se podría añadir, porque resulta de otros capítulos de la obra, no cristiana.¹³ Y sin embargo, la historiografía moderna, que inicia su camino a partir de Spinoza y se despliega en el XVIII ilustrado y en el XIX historicista, no es sólo un producto crítico; como sabía muy bien el mismo Momigliano, la historiografía es fruto de una «tensión» continua, perennemente replanteada y perennemente sin resolver, razón de su fascinación y al mismo tiempo de su pérdida, «entre historia, futuro, profecía»;¹⁴ es una actividad científica *sui generis*, cuya dimensión cognitiva se alinea y se combina con la afectiva, empapada de valores, preferencias, opciones no-científicas o pre-científicas.¹⁵

Quizás es también por esto, por la dificultad que han encontrado los historiadores para construir un estatuto científico fuerte; por el uso de un lenguaje natural que no requiere, como en el caso de otras disciplinas, atravesar umbrales que precisan un adiestramiento específico; o a la inversa por la dificultad de penetración en el gran público de aquellas obras que adoptan técnicas o metodologías más complejas —además de por el relieve objetivo que su control asume para el funcionamiento mismo de la sociedad— por lo que el campo de la historia está abierto a todo tipo de incursiones: casi como si se considerara, por reiterar una frase muy conocida, que la historia es una cosa demasiado importante para dejársela a los historiadores.

Las novedades del siglo XX

En términos generales existe una relación al mismo tiempo estrecha y conflictiva entre historiografía y uso público de la historia. Para profundizar y eventualmente deshacer este intrincado nudo, conviene entrar más directamente en su esencia y proponer alguna hipótesis ulterior de periodización.

Desde muchos ángulos, y no solo desde la izquierda, se oye repetir que es precisamente la fase actual en la que más continua e invasora es la práctica del uso público de la historia y más arbitrarios sus procesos de revisión. Por ejemplo, reflexionando sobre Togliatti y el comunismo, Giampasquale Santomassimo ha hecho observar que, por lo menos en Italia, con una inversión característica respecto al uso público post-bélico de la historia, no se busca hoy en el pasado una legitimación de las opciones del presente, sino que se deslegitima —en otras palabras, se cancela— el pasado mismo con fines políticos inmediatos.¹⁶

Desde una orilla opuesta también Sergio Romano, en referencia a la manera como se ha discutido en Alemania y en los países bálticos respectivamente sobre las fosas de Katyn

12. J. Le Goff, «Storia», en *Enciclopedia*, vol. XIII, Turín, Einaudi, 1981.

13. A. Momigliano, *Le radici classiche della storiografia moderna*, Florencia, Sansoni, 1993.

14. Véase la recensión del libro de Momigliano a cargo de A. M. Iacono, en *La talpa libri*, 5 de febrero de 1993.

15. R. Bodei, «Addio al passato: memoria storica, oblio e identità collettiva», en *Il Mulino*, 1992, nº 2, págs. 179-191.

16. G. Santomassimo, «Tradizione comunista e azzerramento della storia», *Passato e presente*, 1990, nº 22, págs. 9-18.

17. S. Romano, «Gli usi della storia», *Il Mulino*, 1992, n° 2, pág. 207.

y sobre el pacto germano-ruso de 1939, ha escrito: «Esto no es historiografía, sino una tierra de nadie en la que el pasado sólo es usado si sirve para influir en el presente».¹⁷

Y podrían darse otros ejemplos, empezando con los problemas de la Segunda Guerra Mundial y el grosero revisionismo desde el que ha sido abordada en los últimos años: desde el volumen de aquel autor alemán que considera el conflicto como un simple momento de la estrategia soviética para el control del mundo, hasta el reciente ensayo de un historiador francés que define a los partisanos, incluido Jean Moulin, como agentes de los servicios secretos soviéticos, y los renovados intentos de negar el exterminio de los judíos.¹⁸

¿Tenemos entonces que concluir que vivimos hoy una situación excepcional desde el punto de vista del uso público de la historia?

Mi respuesta es más matizada: no sólo porque la manipulación y el uso instrumental de la historia han conocido en el transcurso del siglo XX épocas igualmente sombrías,¹⁹ sino porque hoy se presenta en la forma más extensa una paradoja, cuyos orígenes son más lejanos. La paradoja consiste en el hecho de que conviven en el presente dos fenómenos aparentemente contradictorios: por un lado, un acentuado y difuso desarraigo del pasado y, por otro, una hipertrofia de las referencias históricas en el discurso público.

Pues bien, las premisas de ese desarraigo, que obviamente está vinculado a los procesos de modernización, tienen su origen, sobre todo en Europa, cuando comienza propiamente el siglo XX, con la Primera Guerra Mundial; al finalizar ésta, en los años veinte y treinta, la relación entre historia —entendida esta vez como *res gestae*— y uso público de la historia conoce un giro decisivo. Se produce, en síntesis, una coincidencia temporal casi perfecta entre aquella profunda ruptura y sobre todo *su percepción* a cargo de millones de hombres y mujeres occidentales y la manifestación de las condiciones técnicas para el desarrollo de los medios de comunicación de masas. Un proceso grandioso de modernización acaecido en las peculiares circunstancias de una guerra de proporciones inauditas y marcado profundamente por éstas, impone un ajuste de cuentas con la historia dramático y radicalmente cargado de novedad. Por otra parte, la aparición de los medios de comunicación de masas ofrece un vehículo poderoso e inédito para una vasta difusión de la historia.

Nicola Chiaromonte ha descrito con ejemplar claridad y con emotiva participación los efectos de ese giro histórico:

¿por qué el movimiento socialista, que indudablemente había constituido el intento más vigoroso e intelectualmente rico de promover la causa de la justicia y de la igualdad en Europa, resultó hasta tal punto descompuesto por el estallido de la Primera Guerra Mundial que, después, nunca más ha conseguido volverse a constituir de una manera políticamente eficaz e ideológicamente convincente?.²⁰

Por otra parte, con el socialismo —añade Chiaromonte— perdían vigencia también otras creencias igualmente sólidas: «la legitimidad del orden constituido, la supremacía de la voluntad razonable, la confianza en el cambio». Y concluye: «¿Cómo puede una idea ser derrotada por un acontecimiento?» Una pregunta sólo aparentemente ingenua, cuyo eco llega hasta nuestros días, que han conocido la derrota de una idea igualmente grande.

Así pues, el acontecimiento, lo ya sucedido, domina a los hombres y a las mujeres y no admite retornos. Como también observa Chiaromonte:

No hay en el mundo humano objeto más duradero que una creencia común acerca de la naturaleza de las cosas; pero su pervivencia no tiene otra garantía más que el estado de cosas que en ella se refleja y que, por su parte, se encuentra sujeto al orden del tiempo. Un giro de la rueda de la histo-

18. Las referencias son respectivamente a E. Topitsch, *Stalin's War. A Radical New Theory of the Origins of the Second World War*, Nueva York, St. Martin's Press, 1987, y a T. Wolton, *Le grand recrutement*, París, Grasset, 1993. Para las posiciones «negacionistas», basta con referirse a los trabajos de P. Faurisson, legitimados por lo menos en parte, recientemente e incautamente, por E. Nolte.

19. M. Ferretti, *La memoria mutilata. La Russia ricorda*, Milán, Corbaccio, 1993, ha trazado un cuadro ejemplar de la eliminación de la memoria histórica en la URSS de Stalin.

20. N. Chiaromonte, *Crede e non credere*, Bolonia, Il Mulino, 1993, pág. 116.

21. Ibid., pág. 118.

ria —un acontecimiento— basta para destruirla; y, cuando se destruye, ninguna voluntad de creer basta para restaurarla.²¹

Por lo tanto, rechazo de la historia, nihilismo; pero también disponibilidad para dejarse capturar por nuevas promesas, por quien es capaz de activar una especie de cortocircuito con la historia. No es, así, casual la atracción ejercida por los historicismos singulares, y opuestos, del fascismo/nazismo y el comunismo: el primero, que se empeña en manipular la modernidad adornándola con los ropajes tranquilizadores de la tradición; el segundo, que presenta una actitud hacia el pasado mucho más compleja. De hecho, el historicismo comunista capitaliza al mismo tiempo el rechazo de la historia y el inicio de una historia nueva; pretende tener de su parte el curso inevitable del pasado, pero al mismo tiempo lucha por el olvido de la historia precedente de la opresión humana como condición para construir una utopía, que por lo demás parece que está a punto de transformarse en realidad después del éxito de la Revolución de Octubre.

Pero el signo dominante en los años que siguen a la guerra continúa siendo la angustia, la incertidumbre entre el abandono y el rechazo, una constante ambigüedad. Quizás nadie como el poeta inglés Wynstan Hugh Auden ha expresado con acentos tan eficaces esta ambigüedad. «*Madonna of silences to whom we turn/when we have lost control*»: nos dirigimos a la historia, a sus silencios, a cuanto se esconde detrás de esos silencios, en busca de consuelo, de seguridad, de solidez del yo. Pero es una búsqueda cuyos resultados están bien lejos de ser ciertos: hay un enigma detrás de esos silencios, se ha acabado la seguridad de un desarrollo histórico lineal y dotado de sentido. Las preguntas dirigidas a Clío quedan sin respuesta; pero se le puede decir «sí como a un amante» y, por lo tanto, ceder a su imprevisible recorrido: «*your silence already is there/between us and any magical center/where things are taken in hand*».

Y, para cerrar el círculo, también la historiografía aporta su contribución, con la crisis del historicismo clásico en las democracias occidentales y, sobre todo, la ruptura ya definitiva con la figura del historiador del XIX, dueño indiscutido del uso público de la historia y ahora, por el contrario, desafiado y desbordado por la historiografía producida por los *mass media*.

He aquí por qué la situación actual no me parece completamente inédita. Si hoy el uso público de la historia asume aspectos tan espectaculares es porque de nuevo ha cambiado la historia (lo hemos dicho, ha acabado el siglo) y porque, en algunos aspectos, ha cambiado también la historiografía.

Conflictos

Pero volvamos a la oposición entre historia y uso público de la historia argumentado por Habermas en sus términos cognitivos: mientras que el uso público de la historia adoptaría la primera persona, por el contrario la historiografía hablaría en tercera persona. Ya he aludido brevemente al hecho de que la historiografía es una empresa no sólo cognitiva, sino también afectiva, si bien uno de sus requisitos por así decir deontológicos es el control sobre las propias preferencias y los propios valores. Además, el imperativo al que se encuentra sometido todo historiador digno de tal nombre es la garantía de científicidad de su obra y el uso filológicamente intachable de las fuentes de las que se sirve. Pero ciertamente las diferencias no pueden ser minusvaloradas: tienen que ver con los métodos, pero sobre todo se manifiestan en los criterios de selección de las temáticas y de las fuentes.

Aquí pasa a primer plano la relación conflictiva entre memoria e historia. La selectividad de la historiografía es interna a la lógica disciplinar y, precisamente por este motivo, nada es extraño a la mirada del historiador. Por el contrario, la memoria colectiva y de grupo, que es propiamente la que activa una gran parte del uso público de la historia y viene influida por él, trabaja por caminos obligados y exclusivos, definidos por urgencias individuales o colectivas imprevisibles y discontinuas. La oposición entre memoria colectiva e historia es exactamente el resultado del proceso que ha llevado al historiador a separarse de la «vida orgánica del pueblo», con la renuncia a transformar la memoria en historia, como pretendía hacer en el siglo XIX.²²

22. Y. Yerushalmi, «Réflexions sur l'oubli», en AA.VV., *Usages de l'oubli*, París, Seuil, 1988.

23. P. Di Cori, «L'oblio, la storia e la politica. A proposito di alcune recenti pubblicazioni sulla memoria», en *Movimento operaio e socialista*, 1990, págs. 297-316.

24. Véase M. Frisch, *A Shared Authority*, op. cit., pág. 12.

25. A. J. Mayer, «Memory and History: On the Poverty of Remembering and Forgetting the Judeocide», *Radical History Review*, 1993, n.º 56, págs. 5-20; O. Bartov, «Intellectuals on Auschwitz: Memory, History and Truth», *History and Memory. Studies in Representation of the Past*, 1993, n.º 1, págs. 87-119. He comentado esta controversia en «Memoria e storia: un dibattito», *Passato e presente*, 1994, n.º 33, págs. 105-111.

26. N. Loraux, «Sur l'amnistie et son contraire», en AA.VV., *Usages de l'oubli*, op. cit.

27. P. Veyne, citado en Le Goff, loc. cit.

28. P. Bevilacqua, «Sull'uso pubblico della storia», informe de la intervención en el correspondiente debate en *Annali 1991 del Irsifar*, Roma, 1992.

El tema de la memoria individual y colectiva necesitaría una reflexión en profundidad, en particular en cuanto se refiere a los procesos de selección del pasado y, por lo tanto, a su relación con el olvido, y al nexo contradictorio con la política.²³ Aquí basta con decir que presenta una dimensión doble: como reivindicación o rescate de un pasado escondido o negado o bien como expresión opaca de la distancia del pasado. En efecto, como ha escrito Michael Frisch, la memoria puede paradójicamente crear distancia con el pasado, porque lo lee a la luz del presente y lo aplasta sobre él: el contexto de la contemporaneidad corroe la estructura de la memoria, si no acude en su ayuda la historia para poner en perspectiva y contextualizar ese pasado.²⁴ Ahora bien, una reciente y encendida polémica entre dos historiadores judíos con referencia a la historia del exterminio ha complicado ulteriormente los términos de la confrontación: defensores ambos, pero por motivos opuestos, de la contraposición entre historia y memoria, sus conclusiones dejan fuertes dudas sobre la oportunidad de concebir esta relación en términos de dicotomía.²⁵

En cuanto a la relación con la política, también aquí la memoria desempeña un papel ambiguo. En la Grecia clásica, como ha mostrado Nicole Loraux, la política comienza donde acaba la memoria del pasado, de sus atrocidades, de sus divisiones; por el bien de la comunidad conviene que el pasado pase, que los conflictos entre los ciudadanos sean olvidados y triunfe el olvido (es el problema planteado hoy por los revisionistas alemanes). No hacer pasar el pasado, la activación de una memoria crítica, es condición de una política diferente, que elabore el duelo de ese pasado²⁶. Como ha escrito Ágnes Heller: sólo se puede olvidar auténticamente, si antes se ha recordado auténticamente.

Pero volvamos a los historiadores. Apunto dos citas. La primera es de Paul Veyne: «la historia de los historiadores se define contra la función social de los recuerdos históricos y se plantea como perteneciente a un ideal de verdad y a un interés de pura curiosidad».²⁷ La segunda es de Piero Bevilacqua: afirma que en los historiadores, también en aquellos que han emprendido más tardíamente ese camino, los italianos, «se ha roto el nexo entre dimensión ética y saber».²⁸ Son dos citas convergentes, que describen un proceso que efectivamente se ha producido en la historiografía internacional de esta segunda posguerra; y al mismo tiempo proponen un proyecto.

Ciertamente nuestros dos colegas tienen razón, si se trata de señalar la obsolescencia de la figura del historiador como único intérprete y constructor de las identidades colectivas y nacionales.

Pero su proyecto no parece que encuentre un acuerdo en todos los historiadores: incluso se podría argumentar que existe una relación no casual entre los desarrollos recientes de la investigación y la intensificación del uso público de la historia. Basta ver cómo vuel-

ven a situarse en el centro del trabajo de los historiadores temas considerados como desgastados, sin interés, y que parecían materia idónea sólo para el uso público de la historia: temas como el Estado/nación, las identidades nacionales y étnicas, las culturas y modos de pensar compartidos colectivamente. Tanto más cuanto que se abordan todos con intención pedagógica y normativa. De este retorno, que a veces se presenta con visos neo-historicistas y otras veces con mayor conciencia o una instrumentación más sofisticada, como en la desconstrucción o en el «pensamiento débil», pueden darse explicaciones diversas, aunque no alternativas. Estas tendencias pueden ser leídas: a) como mero resultado de desarrollos *históricos* en acto, que muestran el resurgir de movimientos de base nacional o étnica y de fundamentalismos de variada naturaleza; b) como puro reflejo de una restauración en el terreno cultural; c) como redescubrimiento de temáticas tradicionales tras el intento de «cientificación» y parcelación del campo histórico (con la transformación del trabajo historiográfico en una empresa esotérica o en cualquier caso reservada a un ámbito restringido de expertos); d) como síntoma del fracaso, del desgaste, del rechazo o por lo menos de la insuficiencia de categorías analíticas que circunscribían diversos tipos de pertenencia, en primer lugar la categoría de «clase»; e) finalmente, como escala atormentada de la historia social de corte culturalista y de carácter oral (al respecto es particularmente significativo el caso de la alemana *Alltagsgeschichte*, que en algunos de sus exponentes encuentra refugio, estudiando el nazismo, en el redescubrimiento consolador del *Heimat*). En cualquier caso, asombra tener que leer en un ensayo de un sofisticado cultivador del post-estructuralismo, el historiador americano David Harlan, la aprobación incondicional de una frase de Richard Rorty, que sería la manifestación más extremista del más extremista de los «historicistas»: la historia tiene que convertirse en una empresa «más terapéutica que reconstructiva, más edificante que sistemática».²⁹

29. D. Harlan, «Intellectual History and the Return of Literature», *American Historical Review*, 1989, nº 3, p. 604. La cita de Rorty procede del volumen *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton University Press, 1980, pág. 5.

Política e historia

Finalmente abordaremos el problema de las peculiares estrategias comunicativas y simbólicas del uso público de la historia, con especial referencia al uso público de la historia directa o indirectamente controlado por el poder político. Aquí es máxima la distancia respecto de las prácticas de una historiografía digna de ese nombre, pero no debemos sorprendernos si entre los divulgadores también aparecen historiadores. Como por lo demás ocurre normalmente en los *mass media*, en el centro de estas historias hay hombres y mujeres, preferiblemente hombres y mujeres excepcionales por alguna razón o, en cualquier caso, conocidos por todos: nunca, o casi nunca, estructuras o contextos.

Lo que a mi me parece particularmente interesante es la colindancia de muchas de estas prácticas con los procedimientos judiciales: figuras del pasado son pasadas por la criba y juzgadas por el «tribunal de la historia». Pienso en especial en la práctica de las «rehabilitaciones», la más inútil para los directamente interesados, condenados y a menudo eliminados físicamente, y, por el contrario, fundamental para los que detentan el poder porque, de una forma solemne y con un gran impacto simbólico, transmite un mensaje fuerte a los ciudadanos. La figura de la rehabilitación es, en apariencia, un caso particular de esa reescritura de la historia que, como afirma una conocida sentencia, es la tarea de cada nueva generación. Sin embargo, más bien corresponde a una exigencia de legitimación de determinados sistemas de gobierno y señala la derrota del grupo o del régimen que ha inflingido

la condena original. Ilustra además una contigüidad con las prácticas de la justicia penal, con la figura del error judicial. Y aquí los protagonistas no son los historiadores o los intelectuales en general, que más bien funcionan como la ordenanza napoleónica o como simples ejecutores. Los ejemplos son numerosos, se pueden multiplicar y no tienen que ver solamente con las sociedades totalitarias, las más adiestradas en fomentarlos. Piénsese en la rehabilitación de Bujarin en la URSS de Gorbachov. ¿No da motivos para la ironía, o cosas peores, el anuncio realizado entonces por el poeta Evtuchenko de que dedicaría un poema a la víctima quizás más ilustre de los procesos de Moscú?

Las rehabilitaciones también pueden limitarse a señalar un cambio en «la política» de la institución que las promueve, sin que esto implique necesariamente una ruptura radical con el pasado. Pienso en las rehabilitaciones realizadas en el curso de los procesos de desestalinización en los años cincuenta, en la URSS y, sobre todo, en los partidos comunistas occidentales, donde fueron gestionadas por los mismos grupos dirigentes del pasado. O en las rehabilitaciones imposibles de derecho, dados los mecanismos de funcionamiento de determinadas instituciones, pero que se han producido de hecho (piénsese en la manera como la Iglesia católica ha revisado la condena de Galileo).

En estos juegos dirigidos de reescritura del pasado, junto a la práctica de la rehabilitación se sitúa la de la revalorización, que concierne a personajes que no han sufrido condenas formales a cargo del poder judicial o político, pero que, extraños por razones culturales o ideológicas al horizonte previsible de la ortodoxia dominante, son paradójicamente recuperados para ilustrar o afianzar fines políticos específicos y para organizar el consenso en torno a un sistema o a un movimiento político o ideológico. Piénsese en la recuperación de la figura de Federico II de Prusia en la República Democrática Alemana o de Pedro el Grande en la URSS de Stalin, para organizar el consenso en torno a los regímenes respectivos. O también en la elogiosa opinión emitida por el secretario general del Partido Comunista Italiano, Palmiro Togliatti, sobre Giovanni Giolitti, como una pieza de la polémica política frente a Alcide De Gasperi.³⁰ En realidad, la figura de la revalorización sirve de puente hacia el trabajo de los historiadores, pero también pone en evidencia las diferencias de estrategia y de objetivos. Carlo Ginzburg rescata del pasado, y en ese sentido «revaloriza», a un molinero del siglo XVI condenado por la Inquisición, pero no para exculparlo de la acusación de herejía, sino para sostener una determinada tesis interpretativa, que en este caso es la de la circularidad de la cultura.³¹

Conclusiones

Por su naturaleza de intervención abierta y provisional, este escrito no requiere conclusiones formales. Aludiré pues a dos ejemplos muy diversos, que se sitúan en los dos extremos del espectro de los efectos de *feed-back* sobre las sociedades contemporáneas puestos en marcha por el uso público de la historia, como confirmación del carácter problemático y contradictorio de este campo de estudios.

«Mientras que en el pasado reciente los hombres y las mujeres morían “por la patria” —después de 1945 se dijo que también mi abuelo había muerto *pour la patrie* en Theresienstadt—, en este fin de siglo mueren, y matan, por la memoria».³² Un juicio amargo, que también puede ser referido, entre otras cosas, al uso de la memoria de las identidades nacionales o étnicas en las sociedades ex-comunistas y, en particular, en la ex-Yugoslavia, donde

30. P. Togliatti, «Discorso su Giolitti», en *Momenti della storia d'Italia*, Roma, Editori Riuniti, 1963, págs. 79-116 (pero el texto se remonta a 1956).

31. C. Ginzburg, *Il formaggio e i vermi*, Turín, Einaudi, 1977. Posteriormente el mismo Ginzburg ha vuelto a insistir en otras ocasiones sobre las convergencias y diferencias entre historiadores y jueces en relación con el problema de la prueba. Véase, por ejemplo, *Il giudice e lo storico*, Turín, Einaudi, 1993; «Just one witness», en S. Friedländer (ed.), *Probing the limits of Representation. Nazism and the Final Solution*, Londres y Cambridge, Harvard University Press, 1992.

32. A. J. Mayer, *Memory and History*, cit.

las «tradiciones inventadas» han funcionado y funcionan como instrumento desgarrador de los conflictos étnicos, construidos en frío y fomentados: aquí se miden la importancia estratégica y los trágicos efectos del uso público de la historia.

Por el contrario, en el otro extremo puede situarse el caso del debate sobre el pasado nacional, intensificado desmesuradamente en Italia entre 1989 y 1993, al compás de la crisis del sistema político surgido de la guerra: una crisis que se ha presentado en términos de una pura y simple disgregación y ha transmitido estas connotaciones a la manera como se ha hecho uso de la historia. En Italia, la paradoja ya señalada de un violento desarraigo del pasado en las formas descritas por Lanaro,³³ que se conjuga con la hipertrofia de las referencias históricas en el discurso público, no parece que pueda activar –y quizás ni tan siquiera lo desea– la conciencia histórica colectiva con la finalidad de la construcción del consenso.

La historia es usada sobre todo como instrumento de la batalla política cotidiana: pero es un diálogo absolutamente interno a la clase política. Aquí la historia no aparece como un espacio de construcción de grandes narraciones coherentes e ideológicas o, por lo menos, de construcción de sentido. Es más bien una charca donde se pescan ejemplos más o menos casuales, útiles para la polémica de última hora. El objetivo que se pretende ya no es un pueblo al que hay que educar, sino una audiencia a la que hay que conquistar, por medio de la historia pero no sólo de ella, con el espectáculo de la política.

Con mayor razón, así pues, es necesario un uso público de la historia consciente y crítico, capaz de poner en cuestión la opacidad y la eternidad del pasado para rescatarlo de la tiranía del presente ■

□ Traducción de Rafael Tomás

33. S. Lanaro, *Storia dell'Italia repubblicana. Dalla fine della guerra agli anni novanta*, Venecia, Marsilio, 1992, especialmente con referencia a la «gran transformación» de los años sesenta en las págs. 223 y ss.

Imagen inicial:
Palazzo de la Civiltà.
Arquitectos: Guerrini,
La Padula y Romano

Boccioni,
«Formas únicas de con-
tinuidad en el espacio»

